



Una vida compartida

Día de Hispanoamérica

Subsidio litúrgico
para el celebrante

I Domingo de Cuaresma

6 de marzo de 2022



© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Me invocará (CLN, A 12) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antífona de entrada (Sal 90, 15-16):

Me invocará y lo escucharé; lo defenderé, lo glorificaré, lo saciaré de largos días.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Rx. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**La gracia y el amor de Jesucristo,
que nos llama a la conversión,
estén con todos vosotros.**

Rx. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

Celebramos el primer domingo de Cuaresma, el itinerario hacia la Pascua que en este año nos invita de forma especial a vivirlo como un encuentro con la misericordia de Dios. En este contexto hoy se celebra la Jornada de Hispanoamérica, y pedimos especialmente por los misioneros que allí ejercen su servicio.

Ser misionero no es una profesión, no es una función: es una vocación, en la que el cristiano que descubre la llamada de Dios es enviado por la Iglesia, para llevar el Evangelio de Cristo a quienes le van a acoger y a pertenecer desde entonces.

El misionero no va a dar cosas. El misionero va a compartir su vida con aquellos a quienes ha sido enviado. Su vida la entregó al Señor para que el Señor pudiera entregarla a esas personas que tienen necesidad de Dios y de su amor. Esto es lo que, este año, la Jornada de Hispanoamérica recuerda: el misionero es aquel que comparte la vida con las personas, los pueblos, las culturas en las que se integra. El misionero comparte lo que es, lo que tiene, lo que ama con ellos.

Con el lema de la jornada, «Una vida compartida», también queremos recordar que la vida, la cultura, las costumbres de aquellos a quienes es enviado enriquecen al misionero, le hacen ser uno más, le hacen sentir como propio lo que de ellos está recibiendo. Le hacen ser uno de ellos.

Recordemos hoy con alegría, en esta Jornada de Hispanoamérica, a todos esos sacerdotes, seglares y laicos españoles que hoy comparten la vida, su vida, con nuestros hermanos latinoamericanos.

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramamos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Tú, que has querido compartir tu vida con nosotros: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Tú, que te has hecho semejante a nosotros, menos en el pecado: Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

Tú, que nos has hecho a todos nosotros templos de tu amor: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

Rx. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

DIOS todopoderoso,
por medio de las prácticas anuales
del sacramento cuaresmal
concédenos progresar
en el conocimiento del misterio de Cristo,
y conseguir sus frutos con una conducta digna.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

R̄. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

MONICIÓN A LAS LECTURAS

Hoy es primer domingo del tiempo de Cuaresma. En el Evangelio recordaremos las tentaciones que sufrió Jesús en el desierto, tal como nos las narra san Lucas. Una de las tentaciones más recurrentes hoy en día es la de encerrarnos en nosotros mismos y justificarnos para no salir al encuentro de nuestros hermanos, los hombres. Los misioneros son un precioso ejemplo de que el mundo necesita de Dios y que la mejor forma de entregarlo, de darlo a conocer, es compartir lo que somos y lo que tenemos con aquellos que el Señor ha puesto cerca de nosotros.

NOTAS PARA LA HOMILÍA

El texto que nos propone la liturgia como segunda lectura es de lo más significativo. San Pablo escribe a los romanos que se han convertido a la fe: «Si tus labios profesan que Jesús es el Señor, y tu corazón cree que Dios lo resucitó de entre los muertos, te salvarás. Por la fe del corazón llegamos a la justificación, y por la profesión de los labios, a la salvación». Estas convicciones han motivado que la Iglesia envíe misioneros a toda la tierra, queriendo llevar a todos la salvación de Dios. Pablo concreta que esa salvación «se refiere a la palabra de la fe que os anunciamos». Llevar la Palabra de Dios a todos los hombres, a todas las culturas, a todos los pueblos no es un capricho, ni un simple entusiasmo de los cristianos. Es un verdadero compromiso que nace de esta convicción profunda que tiene la Iglesia y del mandato que ha recibido del mismo Jesucristo. Pero el Evangelio nos hace pisar la realidad, nos hace ser conscientes de las dificultades. Las tentaciones acompañan siempre la vida de los creyentes, de la Iglesia misma, y debemos estar atentos. El mundo nos hace pensar que lo más importante es el pan, la ayuda meramente material, lo que se puede conseguir con dinero y trabajo

físico («Si eres Hijo de Dios, dile a esta piedra que se convierta en pan»), y Jesús nos enseña que lo importante es Dios y su salvación: «Está escrito: “No solo de pan vive el hombre”».

Las ideologías, los poderes de este mundo, nos hacen pensar que, si nos acoplamos a ellos, si nos hacemos sus siervos, conseguiremos reinar, conseguiremos el poder... («Te daré el poder y la gloria de todo eso, porque a mí me lo han dado, y yo lo doy a quien quiero. Si tú te arrodillas delante de mí, todo será tuyo»). Pero, una vez más, Jesús nos enseña a rechazar la tentación y poner el corazón en lo que de verdad puede darnos la alegría y la paz: «Al Señor solo servirás».

La tercera tentación es poner el acento en lo que nosotros podemos hacer humanamente, sin darnos cuenta de que quien da la fuerza, el ánimo y ¡los frutos!, es Dios: «Está mandado: “No tentarás al Señor, tu Dios”».

El misionero también sufre estas tentaciones, como las sufrió el Señor. Por eso necesita de Cristo, de su gracia, de su compasión. La labor de evangelización es preciosa, por ella vale la pena entregar la vida entera, pero es fácil desviar la mirada a lo que el mundo nos ofrece y desvirtuar todo lo que el Señor quiere hacer con nosotros y a través de nosotros.

Hoy, que recordamos a los misioneros españoles, que están gastando y desgastando su vida en los distintos países de América, no podemos dejar de pedir por ellos al Señor. Que los acompañe siempre la fuerza del amor de Dios, que sientan siempre el ánimo del Espíritu Santo, que no pierdan nunca la alegría de saberse instrumentos de la bondad de Dios.

«Una vida compartida», así podría definirse la vida de nuestros sacerdotes, de los religiosos y de tantísimos laicos misioneros que están predicando la Palabra de Dios en las distintas diócesis, vicariatos y prefecturas que hay en Latinoamérica. Se fueron allí para compartir no cosas, sino la vida, su vida. Esa vida entregada,

como la de Cristo, por su fe. Esa vida que se mantiene fuerte y alegre, gracias a su oración, a su participación en la eucaristía, al perdón de Dios recibido en el sacramento de la reconciliación, a su confianza en la intercesión de la Madre de Dios.

Pero es una vida entregada, que cuenta y necesita también de nosotros, de nuestra oración, de nuestro interés y, también, ¿cómo no?, de nuestra ayuda material, con la que podemos colaborar con sus proyectos de evangelización y de dar a conocer la Palabra que salva. No seamos indiferentes con ellos, también nosotros estamos llamados a compartir nuestra vida con ellos, y lo hacemos a través de la oración, de nuestro sacrificio ofrecido y de nuestra ayuda económica.

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Hacemos nuestras las necesidades de nuestros hermanos y las presentamos a Dios, por medio de Jesucristo, el Señor.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Por la Iglesia y nuestros pastores (el santo padre y nuestros obispos), para que no dejen de predicar nunca a Cristo crucificado, nuestro redentor y nuestra fuerza. Roguemos al Señor.
2. Por los cristianos, para que en nuestras vidas nunca dejemos de apoyarnos en Dios, que es quien tiene palabras de vida eterna. Roguemos al Señor.
3. Por los hombres y mujeres que han padecido o están padeciendo todavía las consecuencias de esta pandemia, para que el Señor sea su fortaleza y nosotros seamos capaces de salir a su encuentro. Roguemos al Señor.
4. Por los países de América Latina, para que superen las dificultades por las que tienen que transitar y que la luz del Evangelio ilumine sus decisiones y proyectos. Roguemos al Señor.
5. Por nuestros misioneros y misioneras que trabajan por predicar a Cristo en América, para que no dejen de compartir su vida con aquellos a quienes han sido enviados y sientan el aliento de nuestra solidaridad. Roguemos al Señor.
6. Por los que celebramos la eucaristía en este primer domingo de Cuaresma, para que dejemos que el Señor arranque de nuestros corazones todo lo que nos aparta de Dios y de nuestros hermanos. Roguemos al Señor.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

SEÑOR, atiende nuestras peticiones,
que ponemos en tus manos con la confianza
de sabernos amados y cuidados por ti.

Junta las manos.

Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R̄. Amén.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: Por ti, patria esperada (CLN, 711) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

DESPUÉS de recibir el pan del cielo
que alimenta la fe,
consolida la esperanza y fortalece el amor,
te rogamos, Señor, que nos hagas sentir hambre de Cristo,
pan vivo y verdadero,
y nos enseñes a vivir constantemente
de toda palabra que sale de tu boca.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

ORACIÓN SOBRE EL PUEBLO

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

**Te pedimos, Señor,
que descienda sobre tu pueblo la bendición copiosa,
para que la esperanza brote en la tribulación,
la virtud se afiance en la dificultad
y se obtenga la redención eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.**

Rx. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

Rx. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

Anunciad el Evangelio del Señor.

Podéis ir en paz.

Rx. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.



LIBROS
LITÚRGICOS

Conferencia Episcopal Española